

Leyendo leyendas

María Inés Falconi

Ilustraciones de Sandra Lavandeira





www.loqueleo.santillana.com

© 2003, MARÍA INÉS FALCONI
© 2003, 2010, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4559-7
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: SANDRA LAVANDEIRA

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Falconi, María Inés

Leyendo leyendas / María Inés Falconi ; ilustrado por Sandra Lavandeira. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

160 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Naranja)

ISBN 978-950-46-4559-7

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Lavandeira, Sandra, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 9.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016 EN ALTUNA IMPRESORES S.R.L., DOBLAS 1968, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Leyendo leyendas

María Inés Falconi

Ilustraciones de Sandra Lavandeira

loqueleq

PRÓLOGO

QUÉ SON LAS LEYENDAS

Los pueblos que habitaban la Argentina desde mucho antes de que llegaran los españoles tenían sus propias religiones, con sus dioses, sus fiestas y sus ceremonias, y también tenían su manera de explicar el mundo en el que vivían y las cosas que los rodeaban.

En cada uno de estos pueblos se contaban cuentos que explicaban el origen de las plantas, de los animales, del Sol, de la Tierra y hasta del hombre. Estos cuentos se llaman leyendas. Son tan antiguas, que nadie sabe quién las inventó y hasta se llega a creer que son historias ciertas.

Como la gente de estos pueblos no había aprendido todavía a leer ni a escribir, las leyendas no figuraban en ningún libro. Los más ancianos se las contaban a los más jóvenes, y cuando estos envejecían se las contaban a los más jóvenes, y cuando estos envejecían, a los otros, y así a través de años y años, de generaciones y generaciones. Como no estaban

escritas, si no se seguían contando, corrían el riesgo de perderse para siempre.

Con la conquista española y el avance de la civilización occidental, estos pueblos se fueron separando, y algunos también fueron desapareciendo junto con sus leyendas. Por suerte, mucha gente que sí sabía escribir, a medida que las escuchaba, las fue recopilando. Aún hoy, hay quienes van recorriendo poblaciones muy pequeñas para que los ancianos les cuenten cuentos y leyendas y después los escriben, así como los escucharon, sin cambiarles nada para que nosotros podamos conocerlos como originalmente se contaban.

Las leyendas que se cuentan en este libro respetan la forma original, “adornadas” por detalles y situaciones que se me fueron ocurriendo mientras las leía, para hacerlas más comprensibles y también más divertidas. A veces, los personajes hablan parecido a la gente de la región donde se originó la leyenda, y usan expresiones y dichos poco frecuentes en las grandes ciudades. No se preocupen, al final de cada una está todo aclarado.

Si estas leyendas les gustan, no se olviden de contárselas a alguien todas las veces que puedan, así nosotros también ayudamos a que no se pierdan.

EL CACTUS

LEYENDA DE ORIGEN CALCHAQUÍ

Aino Capac era el jefe de los humahuacas. Los humahuacas vivían, como corresponde, en la quebrada de Humahuaca, y hablaban quechua. En su idioma, Aino Capac quería decir Águila Jefe, y estaba muy bien dicho, porque Aino era todo un águila (o un aino, como se prefiera), y también era el jefe.

El pueblo lo adoraba y lo obedecía con gusto, porque Aino las tenía todas: era un jefe comprensivo, justo, simpático, valiente, inteligente y lo que se dice un verdadero bombonazo.

Las tenía todas, menos una: Aino era muy tímido con las mujeres. ¡Y eso que todas las humahuacitas estaban locas por él! Pero bastaba que una chica lo mirara para que Aino se pusiera colorado como un tomate y empezara a tartamudear.

Su mamá ya estaba preocupada.

—Este chico no se me va a casar nunca —suspiraba—. ¿Cuándo voy a tener nietos, eh? ¡Con las chicas tan lindas que hay en Humahuaca!

Pero sus suspiros se perdían en el aire, porque Aino seguía huyéndoles a las jóvenes como cuando era chico, y las humahuacitas se reían de él llamándolo aguilucho, en vez de águila.

A él no le importaba. Aino era feliz como todos los humahuacas, y eso era ser muy feliz. Por aquel tiempo, la quebrada era un lugar muy verde, muy bonito y muy fértil. Todo lo que plantaban crecía rápido como perejil: el maíz, los tomates, las papas, las flores, los árboles... y el perejil. Los humahuacas no tenían que preocuparse por su alimento, y, la verdad, tampoco tenían que esforzarse demasiado. Solo era cuestión de echar semillas, irse a dormir, y al día siguiente recoger los frutos. Un verdadero paraíso. Tenían tiempo para reuniones, juegos, competencias, bailes y diversiones, y como si todo fuera poco, tenían un jefe que era una maravilla.

Tan felices vivían, que los calchaquíes y los diaguitas, que eran sus vecinos, los empezaron a envidiar. Los envidiaban por separado, claro. Iban los calchaquíes y decían:

—Ay, qué envidia.

Y después iban los diaguitas y también decían:

—Ay, qué envidia.

Los calchaquíes y los diaguitas vivían del otro lado de las montañas, en unas tierras también

bonitas, pero nada verdes y, mucho menos, fértiles, y esto les parecía absolutamente injusto. Los calchaquíes espiaban a los humahuacas y decían:

—Ay, qué injusto.

Y los diaguitas también espiaban a los humahuacas y decían:

—Ay, qué injusto.

Ahí, los calchaquíes y los diaguitas se dieron cuenta de que pensaban lo mismo.

—Hagamos una alianza —dijo un calchaquí.

—Ha... ga... mos... —dijo un diaguita, arrastrando las palabras, porque era un poco lento—. ¿Alianza para qué?

—Para destruir a los humahuacas... —el calchaquí se mordió la lengua justo cuando iba a decir “pedazo de estúpido”. No le parecía un buen comienzo para una alianza.

—Destruir a los humahuacas... sí, señor —dijo el diaguita sin apuro, sonriendo con su boca sin dientes—. ¿Para...?

El calchaquí pataleó contra el piso (no lo pudo evitar), pero juntó aire, puso su mejor sonrisa y contestó.

—Para quedarnos con sus tierras, mi amigo —lo de “mi amigo” lo reforzó.

—¿Ustedes... o nosotros?

—Los dos.

—*Ta* bueno... —dijo el diaguita, siempre sonriendo y moviendo la cabeza de arriba abajo. Y no dijo más.

—¿Hay alianza o no hay alianza? —se impacientó el calchaquí.

—Yo no he escuchado ninguna noticia... ¿A usted quién le ha dicho...?

El calchaquí ni contestó. No lo soportaba más. Salió corriendo montaña abajo en busca de su jefe.

El diaguita lo vio irse y comentó:

—Le habrán dado ganas de ir al baño —y también se fue para su pueblo.

El calchaquí llegó corriendo, y se metió en la casa del jefe (del jefe calchaquí, claro). Como era medio consejero, medio brujo y medio amigo, no tuvo ni que golpear.

Ahí mismo, con la lengua afuera, le contó lo que se le había ocurrido: hacer una alianza con los diaguitas para atacar a los humahuacas y quedarse con sus tierras.

—Eso sí —aclaró—, yo con los diaguitas no hablo.

Al jefe calchaquí le gustó la idea. Su pueblo no lo quería demasiado, y si conseguía llevarlos a vivir a la quebrada se iba a anotar un poroto

(un tomate, una papa, y todo lo que por ahí se sembraba). Así que empezaron las tratativas.

Mensajero va, mensajero viene, fijaron un día de reunión. Ahí estaban el jefe diaguita, con sus ancianos consejeros diaguitas, sus brujos diaguitas y sus guerreros diaguitas, y el jefe calchaquí con sus ancianos consejeros calchaquíes, sus brujos calchaquíes y sus guerreros calchaquíes.

—Es una injusticia que los humahuacas la pasen tan bien —decían los calchaquíes.

—Es una injusticia —aproban los diaguitas.

Y se anotaba: punto uno, acuerdo.

—Tenemos que hacer algo —decían los diaguitas.

—Tenemos que hacer algo —aproban los calchaquíes.

Y se anotaba: punto dos, acuerdo.

—Atacarlos —decían los calchaquíes.

—Atacarlos —decían los diaguitas.

Y se anotaba: punto tres, acuerdo.

Así llegaron al punto noventa y nueve: todos de acuerdo. Formarían un ejército de guerreros calchaco-diaguita o diago-calchaquí (el nombre no quedó muy claro), y atacarían con un éxito seguro, porque los humahuacas eran “unos

estúpidos campesinos”, al decir de todos. Hasta día y hora fijaron, cantidad de guerreros, de arcos, de flechas, de hondas, de piedras, de lanzas, y ya estaban por celebrar el acuerdo cuando el diaguita aquel de la montaña, el desdentado, logró redondear un pensamiento que le venía dando vueltas desde el principio de la reunión, y habló:

—Se olvidan de Aino Capac —dijo.

Se produjo un silencio.

—Es un detalle —se apresuró a comentar el jefe calchaquí, que no quería que tanto trabajo se fuera al tacho.

—Ningún detalle... no, señor —dijo el diaguita, mostrando las encías.

Los calchaquíes sonrieron nerviosos (ellos con dientes).

—Los humahuacas son unos estúpidos campesinos, pero, si Aino se los pide, son capaces de seguirlo hasta el fin del mundo. Y Aino es muy valiente, y se los va a pedir. Y si Aino dice *piliar* —quería decir “pelear”—, van a *piliar*. Sí, señor. Aunque más no sea a los tomatazos. Y nos van a vencer, con alianza y todo. Sí, señor.

No dijo más, pero fue suficiente para que el acuerdo se pospusiera para próxima fecha, cuando hubiera un plan bien pensado.

Diaguitas y calchaquíes anduvieron toda la semana caminando de un lado para otro pensando en voz alta, hasta que la idea apareció.

Otra vez reunión con consejeros, brujos y guerreros.

—Lo que tenemos que hacer es distraer a Aino Capac. Cuando esté distraído, atacamos —dijo un diaguita.

—¿Distraer cómo? —preguntó un calchaquí.

—Eso no lo pensé.

La reunión se volvió a posponer hasta que a alguien se le ocurriera cómo distraer a Aino Capac. Otra vez camina que te camina, hasta que apareció la idea. Ahora, le apareció a un calchaquí.

—Señores, tengo la solución —dijo triunfante. Se fue hasta la puerta, golpeó las manos e hizo pasar a la mujer más hermosa que jamás diaguitas, calchaquíes o humahuacas hubieran visto: Zumac Huayna (o “flor hermosa”, propiamente, dicho en quechua).

Los consejeros, brujos guerreros y jefes quedaron mudos, boquiabiertos... y babosos.

—¿Esta quién es? —le preguntó un consejero calchaquí a otro.

—La Zumac, la hija de la Kakuy.

—¿La hija de la Kakuy...? ¡Cómo ha crecido, pues!

La joven les sonreía con una sonrisa angelical y no podían dejar de mirarla.

—Zumac Huayna se ha ofrecido —explicó el calchaquí tratando de que alguien le diera bolla—. ¡Ey, muchachos! ¿Me siguen?

Todos carraspearon y trataron de ponerse serios.

—Zumac se ha ofrecido a ayudarnos —todos la miraron con una sonrisa boba—. Lo que vamos a hacer...

Pero nadie lo escuchaba. Fue necesario despedir a Zumac y tomarse un recreíto antes de que el calchaquí pudiera explicar su plan, que fue aceptado por unanimidad.

Fijaron la fecha del ataque para la primera noche de luna nueva o, lo que era lo mismo, la primera noche sin luna. Los guerreros se esconderían en la montaña, y Zumac Huayna bajaría al pueblo de los humahuacas para entretener a Aino Capac, que, daban por descontado, no podría resistirse a los encantos de su hermosura y caería perdidamente enamorado. Entonces, cuando Aino Capac estuviera distraído, el ejército calchaco-diaguita o diago-calchaquí (no habían logrado ponerse de acuerdo) atacaría. Aino Capac